

## Inés Francisca de la Vistación (1640-1715) -Salamanca-



En 1594 se fundó el convento de san Roque, de agustinas descalzas, en las afueras de Salamanca. 32 años después, la famosa salida del Tormes, del 26 de enero de 1626, derribó el convento, por lo que se trasladaron a una vivienda en el interior de Salamanca. Su pobreza extrema las llevó a tener que salir a pedir limosna y no siendo suficiente mandaron a una de las beatas de la comunidad (hermanas encargadas de recoger limosna), la madre M<sup>a</sup> de S. Agustín, a la Corte real, con

el fin de encontrar quien las tomase bajo su protección. En el camino tuvo varios sueños que le indicaban que Monterrey (a quien ella desconocía) tenía que ser su socorro. Llegada a Madrid preguntó si allí había alguien que llevase este nombre y fueron los agustinos del convento real de san Felipe los que le dieron conocimiento de que se trataba de un noble de alta posición en la Corte real, natural él de Salamanca, en donde tenía un gran palacio. Lograda la entrevista, el Sr. Conde accedió, vivamente interesado, pues deseaba invertir buena parte de su fortuna en la fundación de un monasterio.

Por aquellos años florecía la recolección en Madrid, por lo que únicamente puso como condición que fuese de recoletas. Frente a su mismo palacio, en Salamanca, inició la construcción del nuevo monasterio, para lo cual se derribaron varias casas y dos palacios. La primera piedra se colocó en 1636, y fue tan pródigo en su construcción que es hoy una de las principales obras arquitectónicas de Salamanca. No sólo cuidó de su edificación sino de su ornamentación tanto de pinturas como de esculturas de los mejores artistas de la época. Entre estos conocida es la Inmaculada de Ribera que preside el altar mayor, también proveyó de innumerables piezas de orfebrería y ornamentos, así como de los estipendios para siete sacerdotes y 33 religiosas de las que no se pediría más dote que su vocación. Para llevar a cabo el deseo de los Sres. condes de Monterrey, que el monasterio fuese de la recolección, vinieron 5 religiosas de Valladolid, en 1641, y las que ya se hallaban en Salamanca, con autorización de la Santa Sede, pasaron de la descalcez a la recolección.

Por ser el fundador, el Excmo. Sr. don Manuel Fonseca y Zúñiga, el padre de M. Inés, es por lo que iniciamos esta breve biografía dando estos pormenores de la fundación. Paralelos a estos acontecimientos corren los primeros años de M. Inés. Ella nació en Madrid, el 21 de enero de 1640, día de S. Inés, de ahí su nombre. Su padre, casado con doña Leonor de Guzmán, matrimonio del que no tuvieron descendencia, es personaje bien conocido en la historia por los altos y delicados cargos que ocupó y por tratarse de uno de los hombres de mayor confianza del rey Felipe IV, destacaba también como hombre de grandes ideales religiosos. Inés, aunque vivirá como hija del matrimonio, no lo era, fue hija del Sr. Conde pero se desconoce quien fue su madre, de ella sólo se dice que su madre fue de tan notoria calidad, que por lo mismo se oculta el nombre. Continúa la M. Ángela M<sup>a</sup> de S. Agustín, contemporánea de M. Inés, de quien es el anterior testimonio, al referirse a la fundación del monasterio y a la niña, que el Sr. Conde plantó este jardín únicamente para traer a él esta flor, que por ser tan preciosa, se la consagró al Señor de todo lo criado para su mayor honra y gloria.

Hasta cerca de los 4 años se crió en la corte, muy amada de la que hacía las veces de madre, pero como habían determinado, a esta edad la ingresaron en el monasterio para su educación, dándole el hábito el 8 de septiembre de 1643, aún no cumplidos los 4 años, como un acto devocional más que como ingreso en un noviciado –cosa que realizará a los 15 años-. Con ella permitieron ingresar dos amiguitas suyas, de poca más edad, para su compañía, que con el tiempo también decidirán quedarse como religiosas. Las tres fueron educadas con esmero, pero Inés empezó pronto a despuntar tanto por sus dotes naturales como por su virtud y

su inclinación a la piedad. Se recuerda su interés por hacer que sobresalieran sus compañeras, callando incluso lo que sabía de más, para que no se sintieran humilladas. Cuando, durante la oración de la comunidad, eran mandadas las tres a la cocina para jugar, Inés fácilmente se escabullía y se iba junto a la puerta del coro donde estaba la comunidad, pues como ella misma confiesa en su autobiografía, escrita por mandato de su director: no tenía cuatro años cumplidos y mi mayor entretenimiento, desde esta edad, eran los ejercicios de la religión, a que me aplicaba con gran gusto.

Por no gozar de plena salud, doña Leonor se cuidaba de que no le faltasen comidas especiales y más cuidadas, proporcionadas por ella misma, pero esto era causa de no poca contrariedad para la pequeña Inés, que lo consideraba como un notable obstáculo para adelantar en la virtud. Llegada a los 7 años, dadas sus dotes e inclinación, contra la costumbre, la hicieron tomar la 1ª Comunión. Esto marcó un cambio en su vida interior, se dio con más intensidad a la oración, añadiendo otros ratos a los que ya hacía con la comunidad, sin estar obligada. A los 12 años, como ella misma cuenta, empezó a sentir de forma continua la presencia del Señor, y –siguiendo una constante en los místicos agustinos- en su corazón experimentaba vivos deseos de contemplar la pasión del Señor y participar de la misma: A esto me convidaba su Majestad por varios modos; unas veces, con palabras distintas, me ofrecía hacerme partícipe de la Cruz; otras con el interior afecto que me daba para recibirla y desearla; otras poniéndome gran repugnancia y temor en los agasajos de las criaturas, pareciéndome que este camino desdecía mucho del verdadero seguir a Cristo nuestro Señor. El paso de la Cruz a cuestras me movía mucho. Por este tiempo padeció mucho a causa de una enfermedad de la que todos desesperaban que superara y de la que sanó milagrosamente al aplicarle unas reliquias; por este mismo tiempo(1653) también murieron, con poco tiempo de diferencia, su padre y doña Leonor, que tantos cariños le prodigaban.

Cuando las leyes eclesiásticas lo permitieron –a los 15 años- inició su noviciado. Este tiempo, sin embargo, fue para la joven Inés de fuertes pruebas, a unas profundas sequedades de espíritu se unió la actitud de la maestra que ante su delicada salud la mandaba con frecuencia no asistir a ciertos actos comunitarios, con lo que se inició un periodo de grandes tentaciones y escrúpulos, pensando que no la dejarían profesar, y añadiéndose sentimientos de desesperación y blasfemias horribles que la dejaban en una deplorable postración y agotamiento. Sin embargo, ella creció interiormente de forma notable con estas pruebas, dado que en modo alguno dejaba que se trasluciesen en comunidad, siempre se mostraba apacible y siguió deseando participar más y más de la pasión de Jesucristo.

Profesó el 24 de enero de 1656. A partir de este momento se la vio crecer aún más en la perfección. Siempre destacó en ella la virtud de la humildad, buscando una vida oculta, conformándose en todo a la vida común para esconder de este modo las gracias extraordinarias de que ya gozaba. Se veía cómo la disgustaban los tratos que en atención a su padre se le dispensaban, y cuando era alabada por sus muchas cualidades notaban cómo se humillaba y abatía. Nunca se quejaba de nada, ni tan siquiera en plan de desahogo confidencial, esto lo vivió hasta el heroísmo pues percatadas de ello algunas hermanas abusaban no poco de su bondad, y otras por lo mismo la trataban de insensata y necia. Empezaron también en este tiempo los ataques manifiestos del maligno, con frecuencia le cerraban con violencia la boca a la hora de comulgar, la maltrataban en el mismo coro, llegaron a ser tan frecuentes sus ataques exteriores e interiores que la tuvieron por poseída del maligno por lo que en varias ocasiones la sometieron a exorcismos. El Señor la consolaba en estas pruebas diciéndole: Hija mía, a mi también me tuvieron por endemoniado, siendo la suma bondad, y con esto se confirmaba en su interior, consciente de que su corazón era del Señor.

Con frecuencia sufría enfermedades graves y dolorosas que la dejaban en una gran postración, y de las que sanaba casi siempre de forma repentina y milagrosa, como cuando, a los 21 años, desesperando ya de su vida, ella tuvo el presentimiento de que su fundadora, M. Mariana de San José, la sanaría. Pidió el libro de su vida y buscó su retrato y apretándola sobre su cuerpo, como ella misma refiere: obraba en mí lo que el profeta Eliseo, ajustando sus miembros a los míos, y los confortaba. Entraban unas y otras (las religiosas), que estaban tiernísimas, por juzgar mi muerte tan cierta, y me preguntaban qué hacía? Yo les respondía que aquella santa Madre me estaba sanando, Teníanlo por delirio, pero como lo experimentaba en mí, no lo podía dudar. Pasaría más de una hora cuando me hallé del todo buena y pedí de comer y lo hice con buen aliento, de lo que se admiraron mucho, porque en catorce días de la enfermedad, no había podido pasar sino líquidos. Durante todo este tiempo siguieron las grandes sequedades y tentaciones contra la fe, intercaladas por manifiestas consolaciones del Señor. En una ocasión estaba muy afligida en el coro y la desconfianza se había apoderado

de mí; levanté los ojos a una imagen del Smo. Cristo, y reparé cómo tenía los brazos abiertos. Al pronto reconocí eran brazos de Dios e infinita su misericordia, y vi la santa imagen, que teniendo por su postura la cabeza inclinada a la parte contraria de donde yo estaba, me la volvió y abrió sus hermosísimos ojos, mirándome con gran clemencia, y con esta vista desterró de mi alma todas las aflicciones y temores, quedando por muchos días tan fijos en ella como si los tuviera presentes.

A los 24 años fue elegida subpriora, y al siguiente trienio a este oficio añadieron el de maestra de novicias, cargo por el que tuvo que sufrir bastantes penalidades. Durante este tiempo sufrió de nuevo largas y dolorosas enfermedades, aunque, como ella misma confiesa, lo que más la afligían eran los trabajos interiores: las sequedades y tentaciones, junto con los ataques del maligno que con mucha frecuencia la acometían. También en esta época se inició una de sus principales misiones como intercesora. Comenzó a tener frecuentes visitas de almas del purgatorio que le pedían oraciones y sacrificios, en lo que toca a ayudar a las almas del purgatorio, se me mostraba fijamente la necesidad, las personas y algunas veces la causa, y el ser voluntad de nuestro Señor padeciese por ellas... El padecer por ellas ha sido con mucha diferencia, explicando cómo en algunos casos era a través de las enfermedades, otras de dolores añadidos, otras por sequedades e inquietudes de espíritu, otras por ataques más violentos del maligno, etc...

Tendría cerca de 30 años –sigue contando- cuando estando una noche durmiendo oí que me llamaban y al punto me acordé de cuando su Majestad llamó al profeta Samuel, y así respondí lo que este santo. Parecióme me dijeron que me levantase a orar, y no tenía licencia para ello; pero en la forma que pude levanté el corazón a nuestro Señor, deseosa de acertar a hacer su voluntad. Entendí quería el Señor de mí mayor oración y penitencia. Desde este tiempo hallé gran novedad en mi interior, siendo muy continuas las penalidades y las misericordias. Esto marcó el inicio de un nuevo período que, como veremos, será el preludio de una gran gracia del cielo. En sus continuas meditaciones de la pasión de Cristo fue creciendo el deseo de morir a los 33 años, y el Señor colmó este deseo con la gracia inestimable de la estigmatización. Ella misma narra el hecho, comencé a sentir muy vivos dolores en pies manos y costado, muy de ordinario, y con particularidad los viernes, desde el jueves en la noche. Confieso que lo estimé por gran beneficio, porque me asusté mucho en los principios, temiendo alguna demostración exterior y con grandes veras comencé a clamar a nuestro Señor para que no lo permitiese. Aseguro que por su misericordia me lo concedía así y que este bien sería solo para consuelo de mi alma y cumplirme los deseos de imitar sus dolores... Es cierto que las más de las veces me parecía imposible sufrir en silencio y acudir a las obligaciones, pero hasta ahora he podido, y tengo confianza se continúe lo que yo estimo por una de sus mayores misericordias, que es que todos los trabajos y beneficios, sólo sean entre su Majestad, V.m., y yo, y que para esto ha de obrar milagros como yo he experimentado no pocos por su infinita bondad. Así fue, pues aunque las marcas de las llagas fueron externas, le valieron sus industrias para que estas no fueran nunca vistas de sus hermanas mientras vivió, algunas, tras su muerte, señalaron cómo les extrañaba el ver siempre sus mangas cubriendo hasta los dedos. No fueron sólo estos los dolores de la pasión de los que el Señor le permitió gozar, cuenta cómo una vez, acabada de comulgar, me trajo el Señor a la memoria lo mucho que padeció para clavar el segundo brazo en la cruz, por tirarle los sayones con extraordinaria fuerza. A penas se fijó esto en mi corazón me tiraron del brazo de suerte que pareció me le habían desencajado, y caí en tierra, pero con silencio y consuelo grande. En otra ocasión cuenta cómo el Señor le mostró dos coronas para que eligiera, pero ella, aunque deseaba la de espinas, no se atrevía por sentirse indigna y le respondió se hiciese su voluntad, esta –nos cuenta- fue de ponerme la de espinas, con gran consuelo de mi alma, pero con tan vivo dolor de cabeza que no lo podía sufrir, me duró varios días, yo veía una espina atravesada por la parte de la ceja izquierda, que me causaba gran fatiga. Pero siendo la penalidad grande, no hubo demostración externa, por la misericordia de Dios. Este dato no acaba de ser exacto, pues como refiere M. Ángela M<sup>a</sup> de S. Joaquín: la veíamos muchas veces con un ojo muy encarnizado y la ceja muy hinchada y que andaba sin hacerse ningún remedio, y nos causaba lástima porque ignorábamos la causa. Si la llegábamos a preguntar si la dolía mucho contestaba que un poquito pero que era mejor no hacerse nada y que no la quitaba la vista. Dadas sus frecuentes enfermedades, estas fueron en muchas ocasiones la tapadera de los efectos externos de sus gracias místicas, lo que contribuyó a que estas no fueran conocidas por sus hermanas, aunque intuían que algo de ello había en M. Inés.

En 1682 es elegida por primera vez priora del monasterio, a sus 42 años. En este cometido la virtud que señalan como más destacable en ella fue la caridad con las súbditas y una mansedumbre en su trato que la hacían ganarse el cariño de la comunidad: Hermanita hágame la caridad de hacer esto o aquello, son

las palabras que recuerdan empleaba a la hora de mandar cualquier cosa. A esta condescendencia unía una fortaleza de ánimo que la hacía reaccionar ante las inobservancias, pero nunca con animosidad, ni tan siquiera mostrando el menor gesto de enfado o disgusto, esto lo resaltan mucho sus hermanas, pues aseguran que a lo largo de sus 15 años de priorato nunca vieron en ella un gesto de impaciencia, enfado o disgusto, y esta actitud la prolongaba incluso a detalles de la vida ordinaria viviéndolos con heroísmo, como cuando estando enferma le llevaron unos huevos cocidos que estaban malos, ella empezó a comer con toda calma y sólo los dejó cuando por el mal olor que despedían se dio cuenta la enfermera y se los quitó, M. Inés, sin embargo le decía que no se inquietara, que no pasaba nada. En el cargo de prelada el Señor le concedió el carisma de leer los espíritus lo cual empleó de lleno para ayudar a sus hermanas a adelantar en los caminos de la entrega al Señor, son innumerables los testimonios que a este respecto aportan sus hermanas. Junto a esto testifican cómo muchas veces experimentaron los efectos sanadores de su oración, aunque ella se las ingeniaba para que siempre se pudieran referir a la comunidad o a la intercesión de un santo.

En su tiempo de priora se vio también probada por persecuciones venidas de fuera. Antes de tener ella el cargo, la comunidad tenía ciertas cuentas pendientes, que sólo salieron a la luz un tiempo después de ser nombrada ella, y que tanto el Patronato del monasterio como el obispo atribuyeron a M. Inés, asegurando que su descuido junto con una insoportable dominación y soberbia de hacerse dueña de la casa, a título de hija del fundador, era la causa de la ruina espiritual y temporal del monasterio, ella no se defendió ni hizo comentario alguno con nadie, por lo que aún aumentaron más las sospechas, odios y persecuciones, no sólo de fuera sino entonces también de dentro, al creer un buen número de religiosas que ella debía defenderse y que ello perjudicaba a la comunidad y era contra la justicia. Ella se mantuvo en su actitud callada, y siempre que se prestaba la ocasión hablaba en alabanza de sus mayores enemigos. Por este tiempo murió su confesor y tomó su dirección espiritual el mismo Sr. obispo, el cardenal D. Fr. Pedro de Salazar, el cual ya tenía en gran estima a M. Inés. De él es la frase que muchas veces recordarán las monjas de su comunidad: M. Inés ni se enoja ni cede.

Cuando cesó en su priorato fue designada sacristana siendo, en el siguiente capítulo, vuelta a elegir para priora, era el 29 de abril de 1694, siendo obispo de Salamanca el Ilmo. Sr. Calderón, y de nuevo volvió a ser elegida, por unanimidad, en el siguiente capítulo. Al conocer el obispo esta elección no quiso confirmarla, diciendo que siendo hija ilegítima no podía ser priora, y marchando al mismo convento, en presencia de toda la comunidad, dijo no pocas palabras hirientes y de desprecio contra ella, escuchándolo todo M. Inés de rodillas, en silencio y con gran serenidad de ánimo. Fueron las religiosas más graves las que salieron en su defensa y alegando las razones que tenían para su elección. El obispo no cedió y la situación llegó a tal tensión que fue preciso acudir al nuncio de donde llegó la confirmación. En esta ocasión, en comunidad, las quejas de las religiosas por la actitud del prelado no fueron pocas, pero ella empezó a disculparlo y a elogiarle, por lo que una religiosa le dijo: Madre, ¿es posible que después de lo sucedido nos quiera cegar en una cosa tan clara? a lo cual respondió con gran mansedumbre: Sí, hija, nos debemos cegar.

Terminado el segundo trienio fue nombrada tornera de la comunidad, esto era ya en 1700, ella contaba 60 años de edad. Por este tiempo de nuevo fue probada por malos entendidos fuera y dentro del convento, pues éste estaba pasando una temporada de escasez, ella aprovechó al máximo sus relaciones con amistades y familiares para hacer recaer sus limosnas para la comunidad, pero malas interpretaciones y calumnias fundaron la idea de que ella era la culpable de la situación penosa del monasterio tanto de su tiempo de priora como ahora de tornera, a lo que se unía la actitud de la actual priora, M. Margarita, mujer de sólidas virtudes, pero de un genio e inclinaciones distintas a M. Inés. Ella se había formado el concepto de que M. Inés era descuidada y manirrota de los bienes de la comunidad, por lo que le negaba el dinero que necesitaba para comprar lo necesario y le pedía cuenta minuciosa, utilizando incluso palabras de desprecio y reprensión, ante lo cual M. Inés nunca cambió su semblante sereno y afable, estas reprensiones fueron frecuentes, muchas veces en el capítulo, ante toda la comunidad, y aunque siempre fueron falsas nunca se excusó ni pronunció palabra contraria.

El 10 de septiembre de 1705 de nuevo fue elegida priora y terminado éste otra vez tornera, durante todo este tiempo fue creciendo más en su entrega y su deseo de imitar a Jesucristo en su pasión, así como su ya ferviente vivencia de la Eucaristía, de este tiempo son números de las gracias eucarísticas que figuran en su



autobiografía. También fue singular su devoción mariana y a ella se debe la costumbre que aún conservan en comunidad de que el 2 de septiembre –día en que se celebraba la festividad de la Virgen de la Consolación y correa- se hiciese procesión por los claustros con una hermosa Imagen de la Virgen de Nazaret. Entre sus experiencias místicas, de este tiempo, cuentan también varios favores de la Señora: En la noche de Navidad, sin saber cómo me hallé junto al Santo Pesebre y vi a Ntra. Sra. con su Stmo. Hijo en los brazos y al glorioso S. José... Ntra. Señora me ponía al Santo Niño en mis brazos con mucho agrado. Yo lo adoré con todo mi corazón y se lo volví, quedando admirada de las misericordias que nuestro Señor y su Stma. Madre usaron conmigo. Su devoción especial se extendía también a San Agustín y a los santos más destacables de la Orden. Con el paso de los años crecieron también los ataques del maligno con referencia especialmente al Sacramento Eucarístico del que ella cada vez estaba más colgada y centrada. Muchas veces –escribe- se me pone el demonio delante en figura espantable para impedirme ver a nuestro Señor; otras atormentándome me dice, que le adore y me dejaré y descansaré. Algunas veces al tiempo de comulgar se me presenta con una espada desnuda, amenazándome de muerte si llevo; otras ocupando toda la reja con formas que aterrorizan...

De nuevo, a los 72 años es elegida priora, el 12 de abril de 1712 y reelegida en el siguiente trienio el 26 de abril de 1715. Las religiosas afirman que presentían que ella sabía la proximidad de su muerte, de hecho en los meses siguientes falleció una hermana de comunidad y M. Inés comentó que muy en breve la había de seguir. Su salud estaba ya muy quebrantada y poco a poco, aun cuando ella nada decía, notaban cómo era grande la dificultad que tenía para poder seguir el ritmo de la comunidad, la sub-priora le rogó acostarse, a lo que humildemente obedeció. Ese mismo día se llamaron a los dos médicos de la comunidad, ambos confirmaron la gravedad de su estado y se le administró la unción de enfermos y el viático, ella con plena lucidez y manifiesto fervor fue siguiendo todas las partes. Pronto se divulgó por Salamanca la noticia de su gravedad, y el mismo Sr. obispo se personó para darle su bendición, vivamente emocionado y diciendo a la comunidad al despedirse: pierde la comunidad y la religión una gran columna con la muerte de M. Inés. El día siguiente, 1 de septiembre y festividad de Ntra. Sra. de la Consolación sacaron en procesión la imagen de Ntra. Sra. de Nazaret, e introduciéndola en su celda, ella, realizando un esfuerzo superior a sus posibilidades de incorporó pidiéndole su bendición, todas fueron testigos de la transformación de su semblante, que sin duda reflejaba cómo sus ojos, en esos momentos, veían más que el común de los mortales. A partir de ese momento su estado se fue agravando considerablemente, al día siguiente empezó a echar sangre por la nariz y poco a poco se fue apagando, suavemente con la misma paz y serenidad que supo vivir toda su larga vida. Era el 2 de septiembre de 1715, a los 75 años de edad.